

tenemos de nuestra cosecha, y lo que tenemos por la gracia de Dios; y que estos testimonios si son falsos, ha sido por la misericordia que él ha usado con nosotros, porque si nos hubiera dejado á nuestras fuerzas, no fueran sino verdaderos; y quiero yo en esos testimonios falsos ver como en un espejo lo que yo soy de mio, y lo que fuera si Dios me dejara. Y con este espíritu muchos santos se han dejado levantar falsos testimonios en materias muy graves, y llevado con silencio aquella infamia, dando á Dios toda la gloria de no haber cometido aquellos delitos y tomando para sí la confusion de lo que hicieran si Dios hubiere alzado la mano de ellos; y juntamente esperando que el mismo Señor que los habia guardado de la culpa, los libraria á su tiempo de la infamia, acordándose de Cristo nuestro Señor, que en una ocasion de éstas respondió ¹: «Yo no tengo demonio, sino que honro á mi Padre, y vosotros me habeis deshonrado á mí; pero yo no busco mi gloria, y estoy cierto que hay quien la busque y mire por ella.»

CAPÍTULO XIX.

QUE PUEDE UNO BUSCAR SU HONRA Y DEFENDERLA, CUANDO ESTO CEDE EN MAYOR HONRA Y GLORIA DIVINA.

UN solo caso hay en que uno puede volver por su honra y mirar por ella, y es cuando esto cede en honra de Dios y provecho del prójimo. Porque como la

¹ Joann. VIII, 49, 50.

humildad principalmente mire la honra de Dios, allí no será verdadera humildad despreciar su honra, cuando fuere con detrimento de la honra de Dios. Y esto es lo que tantas veces repite nuestro santo Padre, que el pasar oprobios y afrentas, sea cuando en lo contrario no se descubriere mayor gloria divina; y lo que en particular dijo en el exámen ¹: *Que donde á la su divina Majestad no le fuese ofensa alguna, ni al prójimo imputado á pecado, deseen pasar injurias, etc.*, lo cual trasladó del ejercicio de las banderas en el coloquio donde dice así: *Segundo, en pasar oprobios é injurias por más en ellas le imitar, sólo que las pueda pasar sin pecado de ninguna persona, ni desplacer de su divina Majestad.*

Y para que en estas ocasiones pueda uno proceder sin sospecha del amor propio, debe atender á estas cuatro circunstancias. La primera, si en la verdad mi deshonra y mi injuria cede en injuria y deshonor de la divina Majestad, y el volver yo por mi honra es volver por la honra de Dios; y esto digo y entiendo por parte de la materia de que se trata, porque en ella se interesa alguna mayor honra y algun mayor servicio de Dios nuestro Señor, y no solamente por parte de mi intencion. En lo cual se engañan algunos manifestamente, porque negociando por todos los medios posibles su honra, y pretendiendo importunamente las primeras cátedras en las sinagogas ², y los primeros lugares en los convites, y las primeras cortesías en las calles y plazas: *Y buscando, como los mundanos que siguen el mundo, con toda diligencia honras, fama y estimacion de mucho nombre en la tierra, como el mundo las enseña* ³, ellos por el contrario se dan á entender que buscan y pretenden la hon-

¹ Exám. c. 4, § 44. — ² Matth. XXIII, 6. — ³ Exám. ibid.

ra divina. Porque dicen que rectifican su intencion para no pretender su honra sino por la mayor honra y gloria divina, y por sólo amor de Dios y enderezándolo todo á él. Pero en esto hay manifesto engaño, porque mal se puede enderezar con el pensamiento la obra que en la realidad de la verdad va torcida; ni yo puedo hacerle cargo á Dios que hago por su mayor servicio lo que fuera mayor servicio suyo no hacerlo, sino lo contrario, pues fuera sin duda en tales ocasiones mayor gloria de Dios y mayor edificacion de los prójimos¹: *Vestirse de la misma vestidura y librea de su Señor por su divino amor y reverencia, deseando pasar injurias, falsos testimonios, afrentas, y ser tenidos por locos, etc.* Pues luego lo primero que se debe mirar, es que no solamente la intencion sea de glorificar á Dios, sino que de parte del mismo negocio que trata, se descubra alguna cosa de mayor servicio y gloria divina.

La segunda circunstancia es que yo tenga esperanza que con mi diligencia se conseguirá esta mayor gloria divina que se pretende; porque si esto no se espera, mejor es glorificar á Dios padeciendo con humildad, que no desedificar á los prójimos, resistiendo con dureza y sin provecho. Esto nos enseñó Cristo nuestro Señor en el discurso de su pasion, porque habiendo sido preguntado por el juez, de sus discípulos y de su doctrina, respondió lo que le pareció conveniente, juzgando, como era la verdad, que volver en aquella ocasion por la doctrina que habia predicado, era volver por la honra de Dios; pero como de aquí no resultó otro provecho que recibir otra injuria mayor (porque movido con su respuesta, uno de aquellos ministros que asistían al pontifi-

¹ Exám. c. 4, § 44.

ce le dió una bôfetada en su divino rostro) el Salvador tuvo por bien de allí en adelante callar y no responder á ninguna de las acusaciones que le hicieron, admirando á los presentes con su silencio, ya que no se habian dejado convencer de sus razones, y edificando todos los siglos venideros con su humildad y paciencia.

Sobre estas dos cosas de haber materia de mayor gloria divina, y esperanza de conseguirla, viene en su propio lugar la tercera, que es la rectitud de intencion. Porque concurriendo tales circunstancias en algun caso particular, que de volver por mi honra ha de resultar tambien la mayor honra de Dios, es necesario que yo aparte los ojos de mi honra y los ponga en la de Dios, la cual por lo que á mí toca, holgara yo más de procurarla con mi deshonor, que no con mi honra.

A esto se sigue lo cuarto, cuanto al modo de volver en esta ocasion por la honra, que no sea como de esclavo de la ambicion, sino como de ministro de Dios, *in multa patientia*; no con ira, no con quejas y murmuraciones, no con amenazas, sino declarando sencillamente la verdad para quitar el escándalo de los que oyeron ó supieron algo contra nosotros; y que se eche de ver en la templanza y quietud con que procedemos en nuestra propia causa, que no tratamos de recobrar nuestra honra, sino de volver por la honra de Dios y por el provecho de nuestros prójimos, con la misma modestia que si la causa fuera ajena. Excelente cosa es sufrir las injurias de los que nos agravian; y si éstas alguna vez cedieron en menoscabo de la honra de Dios, celemos la honra de Dios y no la nuestra; celemos el crédito de la virtud y no el nuestro; celemos el provecho espiritual de nuestros prójimos y no el temporal nuestro. El celo de nuestro honor, de nuestro crédito y de nuestro interés tem-

poral, está acompañado de ira, de turbacion, de inquietud, de amargura, de odios, de amenazas y de venganzas. El celo de la honra de Dios, del crédito de la virtud y del provecho espiritual de nuestros prójimos lleva consigo paz, serenidad, quietud, luz, suavidad y dulzura de devocion, y de amor de Dios y del prójimo. En estos efectos se conoce fácilmente cuando buscamos la honra de Dios, y cuando la nuestra. La práctica de esto se vió en lo que sucedió en los estudios de París al bienaventurado padre nuestro san Ignacio. Porque con ocasion de ciertos estudiantes, que con la comunicacion del santo Padre se habian movido á dejar el mundo y seguir la perfeccion de la vida evangélica, el rector y maestros del colegio de santa Bárbara se habian resuelto de hacer en él un castigo ejemplar y público de azotes dentro de las escuelas, como á perturbador de los estudios. Y llegando esto á noticia del Santo, ofreciéndose de su parte á esta deshonor pública, se vino á las escuelas, y entrando dentro le cerraron las puertas para ejecutar lo que estaba determinado. Entonces el Santo considerando el descrédito que se podia seguir de aquí á la virtud, y escándalo para los que estaban principiantes y tiernos en ella, se fué al rector, y le dió cuenta de todo ofreciéndose á la deshonor con tanta humildad, y declarándole el daño espiritual que de allí se podia seguir, con tanto sosiego, que admirado el rector de lo uno y de lo otro, y reconociendo el espíritu de Dios, le pidió perdon, como á quien estaba justamente agraviado, y le honró y reverenció como á santo.

CAPÍTULO XX.

DE LOS CASOS EN QUE HEMOS DE ABRAZAR LA HUMILDAD ACTUAL.

DE lo dicho consta, en qué ocasiones y con qué circunstancias puede uno volver por su honra, por la mayor honra y gloria de Dios. Y dicho se estaba, que en todos los demás se debe abrazar efectivamente con las humillaciones y menosprecios; pues son tantas las veces en que nuestro santo Padre repite esto, y tantos los medios con que lo persuade, y tanta la fuerza con que insiste en ello por todo el discurso de los ejercicios de esta segunda semana. En el tercer grado de humildad dice así ¹: *Siendo igual gloria y alabanza de la divina Majestad, por imitar y parecer más actualmente á Cristo nuestro Señor, quiero y elijo más pobreza con Cristo pobre, que riqueza; oprobios con Cristo lleno de ellos, que honores; y desear más ser estimado por vano y loco por Cristo, que primero fué tenido por tal, que por sabio ni prudente en este mundo.* ¿Cuánto es lo que nuestro santo Padre encareció y ponderó este punto delante de nuestro Criador y Señor? Y ¿cuánto se persuadió que ayudaba á la vida espiritual, pues tanto lo desmenuzó y tanto lo pesó y contrapesó, y tan atento estuvo á hacernos beber esta purga de la humillacion, que tan buenos efectos de salud habia de

¹ 2.^a Semana. Tres grados de humildad.

causar en nosotros? Porque tres estados distingue claramente: El primero, cuando es mayor gloria de Dios sufrir los oprobios que no huirlos. Segundo, cuando con igual gloria y alabanza de Dios puedo huirlos como sufrirlos. Tercero, cuando es mayor gloria de Dios el huirlos que el sufrirlos; y sólo este tercer caso admite. Porque en el segundo, cuando con igual gloria de Dios nuestro Señor pudiera huir de las humillaciones, claramente manda que las abrace, y las quiera y elija por parecer más actualmente á Cristo nuestro Señor; cuanto más en el primer caso, cuando en esto se descubre mayor gloria divina. Y lo mismo, y con la misma distincion, lo repite en la nota que luego se sigue: *Pidiendo que el Señor nuestro le quiera elegir en esta tercera mayor y mejor humildad, para más le imitar y servir, si igual ó mayor servicio y alabanza fuere á la su divina Majestad.*

Mas porque esta palabra de la cruz es de las que no se acaban de entender por muchas veces que se repita, no será fuera de propósito decir más en particular, en qué casos hemos de abrazar la humillacion actual y no huirla; los cuales se pueden reducir á las mismas cuatro cabezas que arriba tocamos de la pobreza actual. La primera es de los que son llamados al estado de la religion, el cual así como es estado de pobreza actual, así lo es tambien en muchas cosas de humildad actual, y de experimentar los efectos de ella. Porque muchas son las ocasiones que tiene el religioso de humillarse y de ser humillado, de despreciarse y de ser despreciado, en las cuales se debe abrazar con su desprecio y humillacion; de las cuales diremos algunas, que son las siguientes. Lo primero, en seguir la comunidad en el vestido, en la comida, en el aderezo de la celda, y en el servir en los oficios humildes á los demás, como los demás me sirven

á mí segun las órdenes de la casa, sin querer privilegios, ni exenciones por razon de la persona, si no lo pide la necesidad. Y como dijo de Moisés el Apóstol ¹: *Magis eligens affligi cum populo Dei, quam temporalis peccati habere jucunditatem.* Que quiso más entrar á la parte de las tribulaciones y necesidades que padecia el pueblo de Dios, que gozar de la abundancia y regalo que pudiera tener en palacio, si quisiera confesarse por hijo de la hija del rey Faraon. Porque así como la soberbia es amiga de la singularidad y de alguna excelencia particular sobre todos, así la humildad es amiga de la comunidad y de tratarse como uno de todos. Lo segundo, es humillacion vivir por voluntad ajena, y pedir licencia siempre y en todos los casos que manda la regla que se pida. Lo tercero, llevar de buena gana sin excusaciones ni murmuraciones, las reprensiones, correcciones y penitencias ², *que le serán impuestas por sus errores y descuidos, ó por una cosa ó por otra, las cuales debe cada uno aceptar de buena voluntad, como dice el santo Padre ³: con verdadero deseo de su enmienda, y aprovechamiento espiritual, aunque no se diesen por falta alguna culpable.* Lo cuarto, en las obediencias que á uno se le ponen, cuanto al puesto, oficio y ocupacion; porque hay algunos, y plegue á Dios que no sean muchos, cuya soberbia (como está en el Salmo ⁴) sube siempre; y para esto tienen calificados y graduados todos los oficios y ocupaciones, y están muy atentos que no los bajen de lo que es más á lo que es menos, sino que siempre vayan subiendo de lo menos á lo más; y si esto no se hace conforme á su aprension, se quejan del mal gobierno, y

¹ Hebr. XI, 25.—² Exám., c. 4, § 33.—³ 3.^a p., c. 1, § 15.—⁴ Psalm. LXXIII, 23.

del agravio y sinrazon que se les hace, anteponiéndoles otros que son de menos antigüedad ó de menos merecimientos.

Los que de esta manera se quejan pecan de muchas maneras. Lo primero, porque se hacen jueces de sus talentos y de sus merecimientos, habiéndolo de ser de buena razon sus prelados y superiores. Lo segundo, porque cuando tuvieran todos aquellos méritos y talentos que presumen ellos de sí, quieren siempre ser empleados en todo aquello que merecen, y en todo lo que pueden y saben hacer, lo cual fuera una confusion y yerro intolerable. Débense pues suponer estos dos principios como ciertos en esta materia. El primero, que ninguno debe ser juez de sus talentos, ni de aquello en que se podria ocupar con provecho. El segundo, que ninguno ha de pretender ocuparse en todo aquello que puede y sabe hacer, sino en aquello que le mandan que haga, conforme á la necesidad de su comunidad, á juicio de su prelado y superior, aunque sea verdad que tenga talento y suficiencia para ocuparse en cosas mucho mayores. Porque así como en un pueblo si todos fueran médicos, fuera mal gobierno dejarlos á todos que curaran, porque no hubiera quien se ocupara en otros ministerios forzosos y necesarios para la república; así si en un monasterio todos fueran lectores ó predicadores, aunque todos lo pudieran ser y lo supieran hacer, ¿quién hiciera los demás oficios? Segun esto no es conveniente que haga siempre cada uno lo que sabe hacer, sino lo que es menester que haga, y que tome el lugar que le fuere señalado en la comunidad, que es el cuerpo místico de Cristo. Porque así como en el cuerpo natural fuera monstruoso que todos los miembros fueran ojos ó fueran manos, así lo es en el cuerpo místico; y los diferentes

puestos y disposiciones que la naturaleza dió á los ojos para ver y á los piés para andar, los ha de repartir y dar en el cuerpo místico la obediencia de parte del superior mandando, y de parte del súbdito obedeciendo. Y aunque le parezca que es tan delicado como los ojos, y que tiene facultad para ver, á la voz y ordenacion de su superior, se acomode á ser piés para andar. Y no es fuera de propósito que en una república perfecta, no solamente haya ojos en la cabeza para ver, sino que tambien haya ojos en las manos y en los piés, y que todas las partes sean tan perfectas que puedan ser ojos como los que están en la cabeza. Pues sabemos que aquellos animales de Ezequiel¹ que llevaban la gloria de Dios, todos y por todas partes estaban llenos de ojos; y las ruedas del carro estaban llenas de ojos: y así era forzoso que anduviesen rodando los ojos, una veces en lo más alto, y otras en lo más bajo de la rueda. Y así como vemos en las casas de los príncipes que no solamente los vasos que sirven en la mesa, sino los escupidores tambien, y otros instrumentos que sirven en más bajos y viles ministerios se hacen de plata, así tambien no es mucho que en la casa de Dios los talentos que pudieran emplearse en ministerios muy lucidos sirvan en otros menores; pues en esto sirven á aquel Señor que les dió los talentos, y á cuyo cargo está determinar el empleo de ellos; y el cual es tan gran Señor, que todos los instrumentos de su casa pueden ser de oro, y de plata, y de piedras preciosas. ¿Qué diré de la necesidad que tienen algunos grandes talentos para no perderse, y algunas luces muy resplandecientes de estar escondidas para no apagarse? lo cual suele hacer este Señor

¹ Ezech. I, 4, 5, 18, 19.

dándole á cada uno el lugar que le conviene; porque así como él es el que enciende la candela, así á él le toca, ó ponerla sobre el candelero para que alumbré á toda la casa, ó esconderla en una linterna para que el viento no la apague. Segun esto cada uno se aplique al puesto y á la ocupacion, no por el talento que le parece que tiene, sino por la voluntad de Dios, declarada por el superior, tanto con mayor prontitud y fervor, quanto se halla más obligado á Dios por haberle dado mayor talento. Porque si un señor viste á sus criados de telas preciosas y de libreas ricas y costosas, no por eso quiere que deje de hacer cada uno el ministerio para que él le trajó á su casa, por bajo que sea. Porque no los adornó y compuso para que se desdeñasen de servirle en cualquiera cosa que les mandase, sino para que le sirvan con mayor obligacion, y mucho más deban aplicarse á aquellos oficios por bajos que sean, en que les estuviera muy bien servirle si él los hubiera dejado en aquella pobreza y mal traje con que vinieron á su casa. Porque el haber hecho costa para honrarlos á ellos, ha sido para honrarse á sí, sirviéndose de criados tan lucidos en los ministerios más viles de su casa.

Quede pues por cosa cierta y asentada, que anda lejos del verdadero espíritu el religioso que en las ocasiones sobredichas no se abraza con su humillacion, y que mirando solamente á su particular, pelea por lo que ha de ser lucido y honroso para él, aunque sea con menoscabo de la comunidad: este tal no cela el bien comun del cuerpo místico de Jesucristo; porque de aquí nacen las contenciones y emulaciones contra la caridad, y las réplicas y contradiciones contra la obediencia, y daños gravísimos en el gobierno, dándose los cargos no tanto á quien los merece, quanto á quien los apetece. Con lo

cual á más de que los oficios son mal administrados, se sigue otro daño muy considerable en disfavor de la virtud, y es, que se les dobla la guerra á los que tratan de su mortificacion, pues han de pelear con sus propios desprecios para sufrirlos, y con las honras de los que merecen menos para despreciarlas. Tales efectos como éstos, y otros peores, se siguen de este celo que algunos tienen por tan justificado de volver por su honra, no admitiendo los puestos y ocupaciones que les parece que no son conforme á ella. Y si de los frutos se conoce el árbol, no puede ser buena la raíz que los da tan amargos. De todo lo cual se concluye que los que se ejercitan en esta segunda semana, si son religiosos, se deben ofrecer con determinacion al cuchillo de la santa obediencia para sacrificar con él el apetito de la propia excelencia en cualesquiera ocupaciones y puestos que les sean mandados, aunque sean difíciles y segun la sensualidad repugnantes.

En segundo lugar se deben sufrir todos los agravios hechos con violencia; los cuales no está en nuestra mano el excusarlos, y ha de estar en nuestra paciencia y humildad el sufrirlos. Porque supuesto que no se pueden excusar quanto al efecto, se deben abrazar con la voluntad, conformando con ellos el afecto. Aquí se entiende toda aquella flota de humillaciones de que nuestro santo Padre hizo mencion en el capítulo cuarto del exámen, conviene á saber, injurias, falsos testimonios, afrentas, y ser tenidos y estimados por locos¹. A esto se añaden las murmuraciones, infamias, descortesías de palabras y de obras, y otras cosas semejantes, que todas se incluyen en la vestidura y librea de Cristo nuestro

¹ Exám., c. 4, § 44.

Señor. Las cuales debe cada uno dejar empapar en su paciencia y silencio, como en una esponja con tanta blandura, que si es posible los que están á la mira no echen de ver la injuria que se les ha hecho, no volviendo mala obra por la mala obra, ni mala palabra por la mala palabra, sino antes al contrario, hablando bien, de quien habló mal, y volviendo bendiciones por maldiciones ¹. Porque si esto no hubiera de hacerse así, ¿qué restaba si no estudiar en las leyes del duelo para sacar ojo por ojo, y diente por diente? Y pues no se puede hacer esta venganza por igual, ¿de qué sirven las quejas y enojos, y palabras amargas, sino demostrar flaqueza mujeril, pues así nos valemos de estas armas de las mujeres? Y Cristo nuestro Señor ², no sólo nos aconsejó que dejásemos la capa á quien nos quitase el sayo, sino que volviésemos la una mejilla á quien nos hiriese en la otra, mostrando que no solamente habíamos de ejercitar la pobreza cuando nos robasen la hacienda, sino tambien la humildad cuando nos robasen la honra.

El tercer caso en que se ha de dejar la honra con efecto, es cuando para alcanzarla ó defenderla se ha de atravesar alguna culpa mortal ó venial; porque en tal caso es necesario pisar la honra, por excusar cualquiera de estas culpas, como lo enseñó nuestro santo Padre expresamente en el primero y segundo grado de humildad. Y es tan ordinario apasionarse un hombre cuando busca ó defiende su honra movido solamente del amor de su propia excelencia, que pocas veces pasa sin algun exceso, que por lo menos no sea culpa venial. Y el que se determinare de proceder en estas ocasiones con toda esta cautela, hallará por experiencia que le es más fácil

¹ I Petr. III, 9. — ² Matth. V, 40, 39.

dejarse humillar, que resistir á la humillacion y ceder á su honra, que procurarla sin caer en ninguna culpa.

Y de aquí es, que los que se hallan en este segundo grado de humildad (que es propio de los proficientes) de no cometer ningun pecado venial deliberadamente por el deseo de ninguna honra ó por el temor de ninguna deshonor del mundo, fácilmente suben al tercero que es propio de los perfectos, conviene á saber, que donde no descubren mayor gloria de Dios, en la cual pueden poner los ojos, se inclinan más á abrazarse con los oprobios y menosprecios; no solamente porque así son más semejantes á Cristo nuestro Señor, sino porque en este estado hallan más segura su conciencia, y más fácilmente excusan todas las culpas.

CAPÍTULO XXI.

QUE PARA LLEVAR BIEN CUALQUIERA HUMILLACION, AYUDA MUCHO EL PROPIO CONOCIMIENTO.

No es poco estar uno dispuesto á sufrir con paciencia y humildad cualquiera injuria y agravio, y tener el ánimo aparejado, si le hirieren en una mejilla para volver la otra. Ni es menos tener tan poca estima de la honra mundana, y tanta de la divina y del cumplimiento de su santa voluntad, que por no hacer un pecado venial esté determinado á dejar cualquier honra, y padecer cualquiera deshonor. Y por ventura es mucho más haberse ofrecido á ser despreciado y olvidado, dejando-